Suplemento Dominical fundado
por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

EL DIA

Año LII - Nº 2628
Montevideo,
11 de marzo de 1984



Don César Batlle Pacheco

Por la escultora
Margarita Fabini

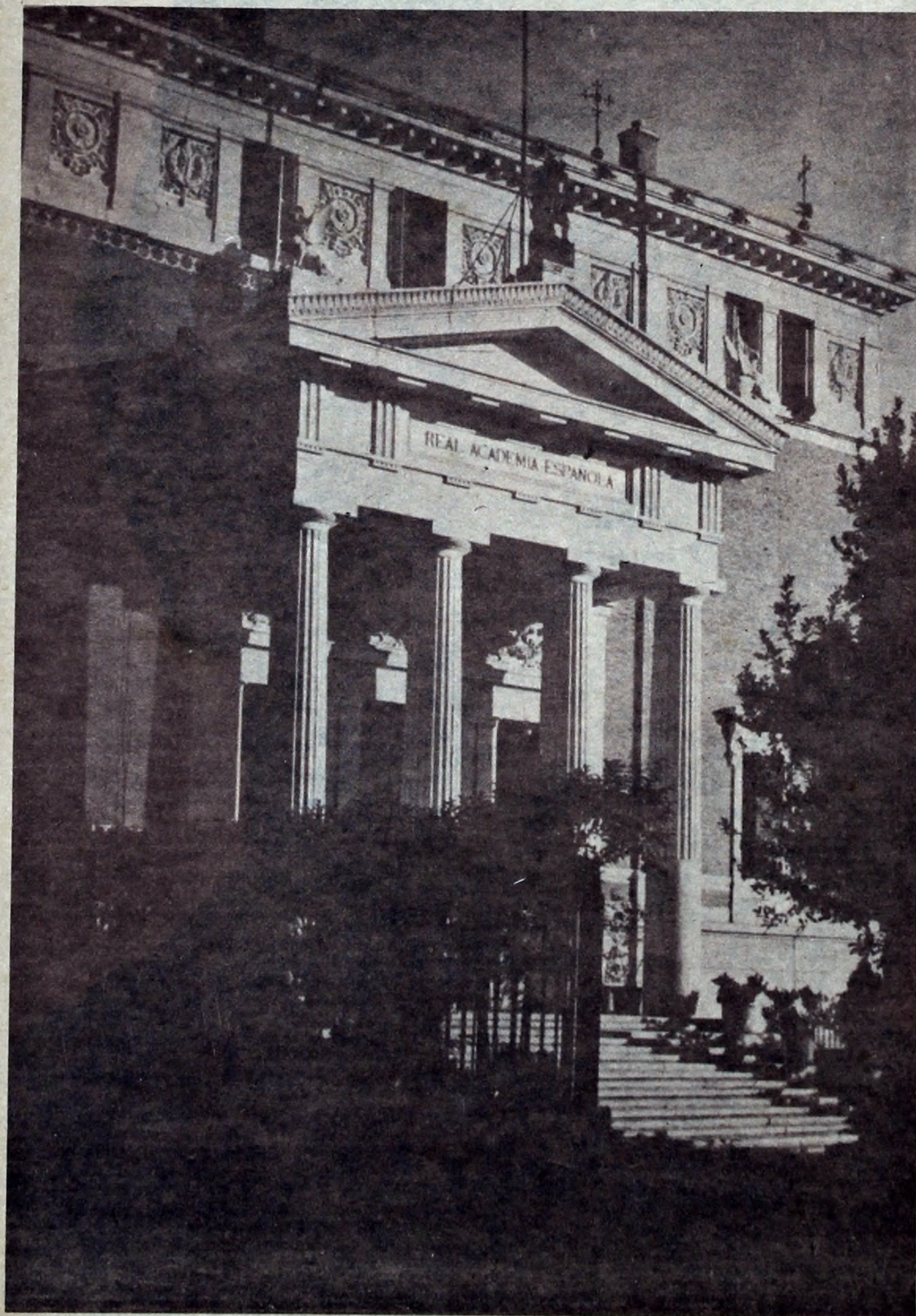
Con singular acierto la talentosa compatriota captó en el bronce no sólo la fisonomía sino la reconcentrada fuerza interior del gran ciudadano.

(Ver págs. centrales)

Un montevideano ante la lengua de Madrid

Al viajero que regresa de España, le produce asombro que siendo el lenguaje manifestación de primordial importancia social, se le interrogue sobre cuestiones políticas, económicas, artísticas, gastronómicas y aún por toda clase de zarandajas, pero nadie se interesa por la lengua que se habla allí.

A lo que antecede cabe agregar que siempre que un especialista se traslada a otro país, y, con más razón cuando se desplaza de un continente a otro, dedica máxima atención a los temas de su especialidad en el nuevo ambiente; un botánico se aboca de inmediato a observar la flora del nuevo medio ecológico y lo propio acontece, en sus respectivos campos cognoscitivos, con el pedagogo, el geólogo, el geógrafo, etc.



Sede de la Real Academia Española, en Madrid

En cambio, los hechos revelan que los hispanohablantes americanos que van a España, aun los expertos en lexicografía, regresan sin haber estudiado, ni aún considerado superficialmente las diferencias existentes en materia de lenguaje.

La única excepción que conozco respecto a la conducta expuesta es la del colombiano Luis Flórez quien publicó sus observaciones sobre **Algunos modos de decir en el español de Madrid y Apuntes sobre el español de Madrid** en el Boletín de la Academia Colombiana, XV (1965-79-283) y Boletín del Instituto Caro y Cuervo, XXI (1966), págs. 156, 171, respectivamente.

Madrid no se ha caracterizado nunca por la corrección y pureza de la lengua popular de sus habitantes. Manuel Seco, de la Real Academia Española, ha estudiado, hace ya una década, en un trabajo que mereció el premio Rivadeneira de la citada institución, el habla de Madrid en la obra teatral de Carlos Arniches y reunió un vocabulario de 1.510 voces peculiares de esa capital. Arniches es el clásico del habla zumbona, redicha y desgarrada de la capital de España y se ha dicho que el lenguaje arnichesco era invención del propio comediógrafo y no reproducción de la realidad; se trata de un realismo al revés: el público no hacía otra cosa que recoger las expresiones de Arniches y pasaban a incorporarse a la realidad de las calles madrileñas. La teoría es bonita pero no enteramente cierta.

Tampoco es exacto que las voces del habla madrileña son exclusivas de esa ciudad; basta un breve cotejo, limitado a las letras a, b, c. y ch del vocabulario de Arniches (466 voces) para comprobar que existen unas 52 coincidencias de forma y significado con el vocabulario arrabalero de Montevideo (representado por el **Glosario Lunfardo** de Enrique Chiappara, Montevideo, 1978) lo que supone más de un 10% de analogías entre las hablas de ambas capitales. El análisis de esas coincidencias sería muy provechoso para la lexicografía, pero esa tarea está aún por realizar.

El habla de Madrid (tanto la del vocabulario de Arniches como la que depara la simple observación coloquial o la lectura de la prensa diaria) está constituida, en su mayor parte, por voces no autorizadas por la Real Academia Española.

La norma lingüística culta que tanto preocupa actualmente a los lingüistas (basta con mencionar los tres volúmenes publicados por el Instituto de Geografía Lingüística dirigido por el académico Manuel Alvar) explica que puede haber más coincidencia entre los habitantes cultos de algunas ciudades de Iberoamérica y de la península ibérica que entre el habla popular de un madrileño y la de un profesional universitario de la misma ciudad.

El hablar con corrección no es exclusividad de determinados lugares geográficos sino privilegio de

cultura, o sea, de una minoría selecta. Recordemos a este propósito, lo que cuenta el humanista mexicano Alfonso Reyes en su sabroso **Anecdotario** (México, 1968, pág. 53); un industrial mexicano de origen español, en viaje por España, con sus hijos, se dirigían a Valladolid. El padre previno a sus hijos que observaran cuidadosamente las formas expresivas de los habitantes de esa ciudad, donde era fama que se hablaba con suma corrección el castellano; al llegar a un cruce los viajeros se vieron obligados a detener su auto y preguntar a un guardia cuál era la ruta que conducía a Valladolid; el guardia contestó: —Tóo p'alante!. El padre se volvió entonces hacia sus hijos y les recomendó: —Hijos míos, seguid hablando el castellano que se habla en México.

Después de lo dicho no puede sorprender que el pueblo madrileño no culto diga **paralís** por parálisis, **arza** en vez de alza; Madrid o Madriles en lugar de Madrid; en las obras costumbristas de teatro menudean los ejemplos: mi señora está más pesá ca vez (López Silva, **Los barrios bajos**, pág. 75); ven aquí, **peazo** de lila); son **ustés** dos tronchos (López Silva-Fernández Shaw, Los buenos mozos, pág. 254).

La despenalización en España del consumo de la llamada "droga blanda" (marihuana, hachís) ha aumentado en forma alarmante el número de jóvenes que fuman el **"porro"** (cigarrillo de tabaco rubio mezclado con hachís). La liberalización del vicio ha ocasionado entre otros perjuicios, un pavoroso aumento de la delincuencia juvenil, ya que el vicioso se ve compelido a robar para procurarse la droga que su organismo enfermo le exige; el empobrecimiento espiritual de la juventud drogada que se ha convertido en "pasotas", es decir, en personas desvinculadas de asuntos políticos, sociales y culturales respecto a los cuales responde indefectiblemente "paso, tío", lo que ha motivado el nombre de pasotas que se les aplica.

Dos hechos recientes y escalofriantes ponen de manifiesto las verdaderas proporciones del vicio. El primero ocurrió el día 12 de diciembre de 1983 en el ferrocarril subterráneo madrileño, conocido por Metro; un conductor drogado no respetó — seguramente porque en su estado no la vio— la señal roja de detenerse y penetró con el tren en la estación de Menéndez y Pelayo chocando con otro convoy que estaba allí detenido, con el resultado de 91 viajeros heridos, alguno grave. Se comprobó judicialmente que el causante del accidente se había inyectado heroína antes de entrar de servicio.

El segundo tuvo lugar cinco días después —el 17 de diciembre último— en el incendio de la discoteca Alcalá 20, donde perecieron cerca de noventa espectadores. Un periodista escribió que "en la sala abundaban los drogadictos. Uno de ellos apareció en la televisión en el magnífico y estremecedor reportaje que en una de las escasas informaciones dignas de todo elogio, nos ofreció la pequeña pantalla. Resultaba lamentable oírle definir la tragedia como un **mogollón, tío** (mogollón por caos y tío por amigo) y salpicar sus confusas palabras con tacos fuera de lugar. La **yerba** le había entontecido. Mediten los responsables (el señor Ledesma, ministro de Justicia, en primer lugar) acerca de las consecuencias trágicas que está trayendo la despenalización del uso de estimulantes" (Fernando Vizcaíno Casas).

Resulta también sorprendente que los jóvenes drogadictos hayan creado, para entenderse entre sí, un argot llamado **cheli** que se ha difundido más de lo conveniente, a tal punto que es corriente usar **flipado** por drogado, **carroza** por viejo o vieja, **currar** por trabajar, **estar en el rollo** es lo que acá se conoce por estar en la pomada, **camello** es el traficante de drogas al por menor, etc.

Se ha escrito bastante acerca del cheli y el académico español Fernando Lázaro Canceter le ha consagrado algunos artículos periodísticos. También se han confeccionado varios vocabularios sobre el cheli, comenzando por el de Antonio



Rufino José Cuervo

Sánchez, titulado "Así hablan los marginados" que contiene 532 voces, publicado en la revista "Interviú" (Barcelona, 4 de enero de 1979); luego salió el "Diccionario del pasota" de Yale y Julen Sordo (Barcelona, Planeta, 1979) con 389 voces de las que 322 están plagiadas de Antonio Sánchez. En 1980 apareció en Madrid, el **Diccionario de Argot Español** (Alianza Editorial: en 1983 se publicó la tercera edición) por Víctor León que contiene 2.500 voces pero no corresponden todas al cheli pues el autor ha incluido gran número de vocablos del lenguaje popular.

Por último, acaba de aparecer el **Diccionario Cheli** de Francisco Umbral (Madrid, Grijalbo, 1983) quien declara desahogadamente en el prólogo no haber consultado nunca un diccionario y dedica la obra "a las púberes canéforas de la acracia que me han ofrendado cada noche el acanto de una palabra nueva, espuria y perfumada". Pese a tan enfática declaración, el vocabulario de Umbral sólo contiene 128 artículos de la nueva modalidad lingüística a la que su autor concede, sin ninguna prueba que respalde su afirmación, de que esta jerga es de origen anarquista.

Al lado de estas extravagancias cabe señalar la zafiedad del lenguaje usado en los periódicos más acreditados de Madrid, por escritores que firman sus artículos. El diario "ABC", apodado por algunos Boletín de la Real Academia Española porque la generalidad de los artículos que aparecen en la tercera plana pertenecen a individuos de la citada institución, no es excepción en el empleo de términos torpes o escatológicos. El Sr. Jaime Campmany que escribe diariamente, publicó el 16 de diciembre de 1983 un artículo titulado "El Cese" en el que se lee: "En general, el político suele ser poco partidario del propio cese o de la dimisión". "Todo menos dimitir", es una antigua consigna política. Pero nunca habíamos llegado a que esa resistencia se tradujera en frases tan expresivas como aquella de don Fernando Morán (ministro de Relaciones Exteriores de España): "Cáguese en mi madre, pero no me hable de dimisión". Este desagradable proceso del entorpecimiento del idioma viene cumpliéndose sistemáticamente con anuencia o beneplácito de la Real Academia Española. Veamos: **Cachondo**, según el DRAE (19ª ed.) tiene las dos acepciones siguientes: dícese de la perra salida y dominada del apetito venéreo; de esta voz deriva **cachondeo** que fue incorporado en 1947 por el DRAE con el significado vulgar de burlarse, guasearse; del mismo modo **incordio** significó según el DRAE (19ª ed.) buba o tumor, aunque más precisamente es un tumor original de origen venéreo, tenido en estas latitudes por dolencia vergonzante, pero la Academia, prescindiendo de tales minucias ha rehabilitado tan sucia palabreja y ha aceptado lo que primitivamente sólo se permitían los carreteros, o sea, designar con esta voz toda cosa incómoda, agobiante o muy molesta; pese a que esta acepción lleva la indicación de que es acepción figurada y familiar, todo el mundo en España, incluso señoritas y señoras respetables emplean la voz **incordio** al tratar de una cosa molesta. Conviene aclarar que las voces cachondeo o incordio, en las acepciones rehabilitadas fueron incorporados de tapadillo en el Suplemento de la 17ª ed. del DRAE (1947).

En 1970 con la expresión **hacer la cusca** la Academia la ha incorporado directamente con el significado figurado y vulgar de molestar, fastidiar y perjudicar pero omitiendo consignar que literalmente significa masturbarse, con lo cual la gente la emplea en su inocente acepción académica con toda naturalidad y desparpajo.

El término **gilipollas**, muy usado en las calles madrileñas para designar al tonto de capirote es voz compuesta, formada por el sustantivo **gilí** (ya incorporado al DRAE) y **polla** (que en el lenguaje vulgarísimo de España designa al miembro viril). Los escritores españoles usan corrientemente gilipollas y D. Lorenzo López Sancho, columnista del "ABC", en un artículo publicado en ese diario el miércoles 11 de enero de 1984 (Pág. 18) usa el derivado **gilipollez** para referirse a una gran tontería. Sólo falta que la Real Academia incorpore la bastarda palabra para que el proceso quede consumado.

De seguir así llegará el momento en que se incorporarán al DRAE las voces jergales de los pasotas drogadictos y el idioma usual de la España peninsular que se convertirá en un argot patibulario.

¡Qué lejos estamos de los académicos fundadores que eligieron el lema de **Limpia, brilla y da esplendor** y como símbolo el crisol!

¡Qué lejos estamos de los que aspiraron que el Diccionario de la Lengua Castellana no fuera un registro indiscriminado de voces sino una selección de las que paradigmáticamente constituyeran un idioma imperecedero por ser sus voces irreprochables!

¡Qué lejos nos hallamos de la conducta admirable del gran filólogo colombiano Rufino José Cuervo que, al escribir en 1867-1872 sus sabias **Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano**, les puso como epígrafe las siguientes palabras del español Puigblanch: "Los españoles americanos, si dan todo el valor que dar se debe a la uniformidad de nuestro lenguaje en ambos hemisferios, han de hacer el sacrificio de atenerse, como a centro de unidad, al de Castilla, que le dio el ser y el nombre"

Es dudoso que ante los hechos reseñados en este artículo se atreviera hoy Cuervo a mentener la recomendación de Puigblanch.

Rolando A. LAGUARDA TRIAS

El curioso mira al Zócalo

Esto ocurre en México. En el hotel, las habitaciones, son de azul celeste; y de la habitación hacia afuera los corredores, el comedor, todo de anaranjado rojizo. La escalera de piedra llega hasta el piso 7 y como tirabuzón de azulejos. La terraza mira al Zócalo. Llega usted a medianoche, abre la ventana de su habitación y tiene ante sus ojos el Palacio de los presidentes; dos cuadras de frente, y fachada de piedra y lava roja sandía. A un lado, los Palacios del Ayuntamiento; al otro una de las catedrales más grandes y sólidas del mundo, con su Sagrario al lado, todo lleno de gracia. En los días de fiesta, los cuatro costados de la plaza se iluminan con farolillos eléctricos en los colores de la bandera mexicana. Para que quepa toda la historia de los aztecas y los mexicanos en un cuadrilátero de piedra, las dimensiones no pueden ser menores. A las seis de la mañana, con estridente fanfarria militar, llegan los de la guardia de Palacio. La bandera que traen es de dimensiones desusadas. Algo así como la que izan los franceses en París que llena el hueco del Arco del Triunfo. Entre unos cuantos soldados la tienden como para un manteo, la sacuden e imaginariamente parece levantarse al cielo como pelota de oro la alegría de la patria. Cuando queda izada en la mitad de la plaza todo México flota de un solo mástil. La ceremonia se repite a las seis de la tarde. ¿Por qué son tan absurdos los turistas yéndose a los hoteles de la Alameda y la Reforma, si en este del Zócalo quien se asoma a la ventana alcanza a columbrar siglos de historias con emperadores coronados de plumas o piedras verdes, el millón de los indios de Juárez, los héroes de la revolución con sombreros más anchos que los de las hermanas de la Caridad? Dicen que en la noche del 16 de setiembre, el presidente saca el busto por la ventana que da frente a las del hotel y toca la campana. Es una campana mera, chiquitita, si se compara con las de la catedral, pero basta que suene y es la locura de pólvora y mariachis. Todo, mientras los turistas están durmiendo en los hoteles de la Reforma, tan estadounidenses...

Las piedras (hasta las que desentierran cuando se hacen excavaciones) hablan. Una vez sacaron así el gran disco de calendario azteca, que llevaba varios siglos de haber perdido la cuenta de los meses, y comenzaron otra vez a contarse los meses de otra manera. Estas piedras pueden decirnos historias de un auténtico realismo mágico. Sería posible, para el visitante, quedarse meses dándole vueltas a la plaza, y quedaría sabiendo más de México que yendo de Monterrey a Cuernavaca.

Echo a caminar por las galerías del costado del hotel o del Ayuntamiento. Aquí, —¡señores!— se puede caminar. Son tan anchas que los mercaderes forasteros no comprenden cómo no hacen en ellas tiendas. Que los peatones caminen por la plaza... Se camina, por las galerías, sobre piedras rosadas. La misma rosa de los caracoles del mar. Del lado del Ayuntamiento alternan los ventanales, son tan grandes que por cada uno podría echarse todo el palacio por la vantana... Alternan con los ventanales escudos en azulejos de la ciudad, de Cortés, de Colón... No ha nacido el fotógrafo que enmarque las vistas de la bandera o la catedral, del Palacio o de la Plaza misma, mejor, que el arquitecto de las galerías.

Hay que detenerse varias veces para ver desde las galerías la catedral, con sus dos torres robustas y el Sagrario de las paredes de granate y encajes de piedra gris. Un mexicano me decía delante de San Pedro Roma: a esto le faltan las dos torres para que se pueda llamar catedral: por esto le dirán basílica... Arciniegas, el arquitecto que proyectó la iglesia en su tiempo, tenía en la mente los templos mayores de España, y dibujó las torres. La construcción le quedó gigantesca. No tan grande como la pirámide original de los aztecas, que estaba ahí con sus sacristías, pequeños templos accesorios que cubrían varias veces el espacio que ocupa hoy el templo católico...

Germán ARCINIEGAS

(Exclusivo para EL DIA)

El psicoanálisis y las manifestaciones artísticas

Cuando se ha intentado desentrañar el secreto de la creación artística, se ha recurrido a las manifestaciones místicas, es decir, a aquellas que escapan a toda elaboración racional y consciente, ya sea admitiendo una inspiración divina, una revelación, una presencia sobrenatural, o simplemente, un algo que no es posible explicar y que aparece sin responder a una casualidad determinable.

Stefan Zweig con esa observación penetrante que lo caracterizó y que nos brinda siempre en sus ensayos, nos dice: ''Dos descubrimientos de una simultaneidad simbólica, se producen en la última década del siglo XIX; en Wurzbourg, un físico poco conocido, llamado Wilheim Roengten, prueba por un experimento inesperado, la posibilidad de ver a través del cuerpo humano, considerado hasta entonces, como impenetrable. En Viena, un médico, también poco conocido, Sigmund Freud, descubre la misma posibilidad en cuanto al alma'' (Freud por S. Zweig-Cap. IX. El alcance del tiempo).

EL PENSAMIENTO DE FREUD

Resulta interesante entonces, conocer el pensamiento del creador de la técnica del psicoanálisis, en lo que se refiere a las manifestaciones artísticas. Freud, que tuvo enfrentamientos con los filósofos, que combatió a la religión en la misma forma, según se ha dicho, que lo hubiera hecho un racionalista del siglo XVIII, tuvo especial complacencia con las artes, porque entendía precisamente, que no estaban en conflicto con la razón, porque eran ''innocuas'', ya que no pretendían ser otra cosa que una ''ilusión''. Para Freud, el artista consigue una liberación de toda esa fuerza represiva de que es objeto el ser humano. Todas las manifestaciones del libidino, del impulso del poder con relación a su sentimiento de inferioridad, y en general, en lo que no puede llevar a cabo en la realidad, se vuelca a la creación artística, donde encuentra una ''fuente de placer y de consuelo de la vida''. Y ante esta oportuna pregunta: ''¿Es que los dogmas de las iglesias y las doctrinas de los filósofos, no han sido acaso, fuente de placer y consuelo en la vida?'', replicaría que únicamente el arte no ha tenido malas consecuencias y tal vez señalaría que se han crucificado a otros en nombre de Aristóteles y de Santo Tomás de Aquino, pero nunca en nombre de Miguel Angel (Comentario de Ludwing Marcuse sobre Freud).

Interesante es comprobar su reconocimiento, respecto de la superioridad de los poetas sobre los

psicoanalistas, para percibir en otros seres, los secretos que tienen escondidos en su interior. Pero, es, sin embargo, la técnica del psicoanálisis, la que permite reconocer la existencia de las manifestaciones artísticas en esa zona de los fenómenos inconscientes. Es cuando se pasa de esa zona a la de los conscientes, cuando aparece la creación artística.

EL SUBREALISMO

Pero, tiene que haber una motivación en el momento de crear, para que determinados elementos surjan. Un deseo, un temor, la preocupación de liberarse de una angustia, de una opresión. Entonces, lo que se encontraba sumergido en la subconsciencia, afluye provocando el goce o placer que es propio del creador, y al que se refería precisamente Freud. Todo esto habría llevado a las concepciones subrealistas.

Las conclusiones que pueden deducirse de las especulaciones que ha hecho Freud y sus discípulos o continuadores, con respecto a los primeros "estados de conciencia" del ser humano, en las primeras expresiones de vida son, en un aspecto, las que se reflejarán en la vida futura del mismo, ya sea como deseos reprimidos o como actos que no pudieron concretarse y por otra parte, tendrían dentro de un paralelismo antropológico, similitudes con la evolución de los fenómenos afectivos en los distintos estadios de la civilización. La interpretación de los sueños y la técnica de procurar que el paciente revele algo que tenía oculto e ignorado para su propia conciencia, ofrece, indudablemente, un rico material para explicar la fantasía en la creación artística.

LA COMPRENSION DE LA OBRA DE ARTE

En el desarrollo de la actividad científica y aún, en buena parte de la labor artística, hay indudablemente, un proceso mental, racional, deductivo. Pero, para esa actividad esencialmente intelectual hay siempre una motivación afectiva que impulsa a la realización del descubrimiento o a la creación.

No podemos obviar, un aspecto interesante, en lo que se refiere a la apreciación de la obra de arte, que se produce en Freud. Como sabemos, no toda su vida estuvo destinada a la tarea de la investigación científica que tanta repercusión ha tenido en el conocimiento del ser humano, sino que también estuvo comprometido con las artes. Freud ha manifestado que para apreciar una obra de arte es necesario conocer el significado de lo que ha querido expresar el creador. Refiriéndose a la música ha dicho: "Una disposición racionalista, o acaso analítica se rebela en mí contra la posibilidad de emocionarme sin saber por qué lo estoy y qué es lo que me emociona". La observación de Freud es intensamente comprensible, de acuerdo a nuestra propia idiosincrasia dentro del orden estético. Experimentamos una especie de ansiedad para entender el significado o alcance de toda creación artística. No obstante, muchas veces sucumbimos ante el impacto de su expresividad, de su belleza, o del mensaje que captamos súbitamente. Siempre hemos considerado que entre el creador de la obra de arte y el posible destinatario, de cualquier tiempo, no hay una necesaria comunicabilidad; el artista puede haber querido expresar determinada cosa, o simplemente ha surgido la creación, sin haberse propuesto nada concreto.

Luego, el que está frente a la expresión artística puede pasarle algo semejante, interpretar un significado que puede a su vez, ser la consecuencia de su propia exteriorización de lo contenido en su subconciencia.

Emilio O. BONINO

(Especial para EL DIA)



Cuando parece que el hijo se va

Tirando papeles amarillentos —el nuevo año nos encontró planificando— encontramos un trabajo nuestro, que ya tiene más de cuarenta años. Lo vamos a copiar —tal cual— porque no modificamos nada nuestro modo de pensar; mejor diríamos, de sentir. En esto, por lo menos.

"AMORES", EN EL TEATRO Y EN LA VIDA

Y suponiendo que alguna rata de biblioteca lo haya guardado, y ahora —con razón de rata— diga que esto es un plagio, ya le salimos al cruce, diciendo que el artículo se publicó con otro seudónimo. Y decía así:

"Durante pocos días, en un escenario montevideano, se ofreció una correcta versión de la obra de Nivoix 'Amores', que ya conocíamos en francés. El tema, ha vertebrado piezas nostálgicas, dramáticas, pero —preferentemente— cómicas.

¡La suegra! Aquí es una caricatura, allá, una historieta chusca. Casi siempre, una calumnia, o murmuración, entre sonrisas soslayadas y silencios reticentes. Y siempre —siempre— el estudio de una pugna enconada, encubierta o abierta entre dos mujeres. Pero contra todo el teatro fácil, escaparate para problemas entre suegra y yerno, diremos que el drama se gesta entre suegra y nuera.

MUJERES, EN EDADES CRUCIALES

La edad de comenzar, y la edad de concluir. La mujer que llegó al tiempo en que se acendran afectos con la avaricia de quien sabe que quedan pocos, comienza a decir que la vida la estafa, si la despoja del amor del hijo.

Conocimos mujeres inteligentes, sensibles, perfectamente ubicadas en sus papeles de esposas y madres, que se modificaron sustancialmente, en trance de ser suegras, de aspirantes al vástago varón...

Una encantadora extranjera, nos dijo una vez: 'Es un mal latino; la latina, es rabiosamente madre. Hace pensar que es más madre que mujer, más madre que compañera'. Más madre, cuanto más decepcionada está del amor, añadimos.

AMORES

Las mujeres —siempre hablamos en general— suelen concentrar en el hijo —si es único, el problema se agranda— el cariño que, naturalmente, era para él, y el que le sobra de su decepción amorosa. Se han enojado con nosotras, cuando les decimos que exageran. Comienzan a exagerar, para ellas solas, en el momento de jugar con el hijo como si fuera el último muñeco, y ya peligrosamente —para el futuro del hijo y el de la mujer— o mujeres que estarán con ese hijo.

Digresión. ¿Permiso? Mi madre no tenía cultura. Pero ahora, pienso que sí tenía inteligencia vital. Un día, hablando de un triunfador dijimos: ¡Qué feliz estará la mujer! "Nos replicó, con aquél su tono inapelable: "¿La mujer? No, la madre; ésta, es una compañera de momento. La madre lo será por siempre".

Dijo Gabriela Mistral: "A nadie deslumbra la pasión de la madre por el hijo, aunque sea la pasión que más dura. Veinte, treinta, sesenta años está de pie". Nada hay igual en la naturaleza.
La madre mira al hijo, como quien contempla una obra maestra. Que, por gracia sin par, la pertenece. Lástima que no quiere saber, que toda obra maestra tiene otros contempladores, a veces, ávidamente interesados en adquiriría...





El hijo crece, y comienza el noviciado de la propia —distinta— pasión. En el juego hay mucho de impiedad, pero de la que es inocente. Después, viene —inevitablemente— la época de cambios en la vida interior, de ésos que obligan a pensar en tiempos muertos, o heridos por derrumbes. Y el bálsamo para la propia desventura se buscará —si queda tiempo— en la comprensión materna

La madre da —inagotablemente— ternura. Espera reconocimiento, reciprocidad, devolución. En momentos en que el hijo da lo que tiene, a todos los vientos. Vientos de aventuras, de sorpresas, de búsqueda de caminos. ¿Definitivos? Todo lo definitivo que puede ser el juego de apetencias amoroso-sexuales. Durará, lo que duren esas apetencias. Y cuando ellas caducan, el hijo sentirá cuánto sufrió la madre, cuando ellos tenían al rojo vivo sus deseos.

El hijo está con el corazón intacto, nuevo, para regalarlo. No piensa que de ese mismo corazón está esperando dones alguien que lo hizo o lo formó.

María de Rumania fue reina y —además— fina escritora. Lamentamos tener la manía de tirar escritos. Si no, ahora tendríamos, para glosar, aquel hermoso cuento que nos explicaba cómo una madre —la "Madre"— hacía de sus sentimientos una alfombra, para el paso triunfal del hijo. Que —desde luego— caminaba con alguien al lado.

ESTRATEGIA O SIMPLEMENTE PELEA

Siempre pensamos que la mujer es más exigente en su amor maternal que en el que da o recibe de un hombre. Mal latino, según dicen. Mal de pasión equivocada, que cumple —a destiempo— su destino. En los celos por el hijo que se cree perder, hay mucho de pasiones fallidas. De carta perdida, en un juego postrero, cuando se presiente que no hay oportunidad de volver a jugar.

Hay muchísimas mujeres que se laceran en un desencanto amoroso, confortándose solas con esta reflexión: "Ahora, viviré para mi hijo". Y cuando —

por años y circunstancias que llegan —perciben que el hijo —centro y cifra de sus afanes— se les va tras las lógicas ilusiones (como los "cardos del Baragán", que escribió Panait Istrati) se desesperan creyendo que ya nada les quedará.

Comienza la enconada resistencia. La actitud de defensa de la madre ante la indiferencia del hijo, que hasta poco antes la despertaba de mañana con mimos, es —aún— una aptitud de amor. La presentida derrota es el cierre de su vida sentimental.

EL HOMBRE, ¿ESPECTADOR?

El hombre, generalmente, es un espectador interesado. Ante el problema de la mujer dirá que ella no ha llevado bien el proceso. Es claro; porque del silencio, del sacrificio y de la anulación de la mujer, se nutre la despreocupada teoría de su "natural" infidelidad. Siempre que podemos hablar de estas cosas con hombres inteligentes, nos han dicho que son —repetimos— "naturalmente" infieles, bellamente, incluso.

Puede ser... Pero no podemos sentir como ellos. Y les decimos que cuando creen que pueden repartirse, en realidad, están faltando en alguna parte. Donde no se les reclama, que es el lugar en que —paradójicamente— debieran estar. Porque entre las absurdas que las mujeres no arreglaron —por lo menos las de antes— están las pudorosas resistencias y resignaciones, tras las que se abroquelan sus largos, reticentes silencios. Y mucho para un corazón solo... Y esto suele provocar desvíos, de los más naturales sentimientos.

Desvíos que pueden hacer creer a una mujer íntegra, bella, útil —tal y cómo conocimos varias— que, para la vida del corazón alcanza con el amor maternal.

Pero, una vez que se produce también la deserción del hijo, parece que todo se derrumba. Y mientras espera que el hijo vuelva —de un modo u otro siempre regresa que mire en derredor. Puede ser que vea al viejo compañero, esperando —a su vez— que ella vuelva a ser la de los primeros años de connubio.

Después de todo —o antes de todo— la pareja es lo que cuenta. Así le dijimos a Salvagno Campos, cuando estrenó su pieza teatral "La Salamandra". No creemos en las mujeres que buscan hombre sólo para tener un hijo. Si hay —sinceras en esa posición— lo sentimos por ellas.

Lo que suele suceder —sucedía más, antes— es que la pareja no siempre se forma en una armonía ideal. Y decimos que más, antes, cuando existía el prejuicio de que era desdoroso permanecer soltera, con el agravante de que había que pensar en alguien que sostuviera el "status" de la perdida casa paterna.

¿Quién ayudaba a vivir? ¿Parientes con miedo a las dádivas, hermanos que —a su vez— tienen que sostener otro hogar? Miedo a tener que dar... Sólo un "cristiano sin Cristo" —como llamó la crítica italiana a Giovanni Pascoli, pudo cantar como él, en un poema a la madre muerta, contándole cómo se preocupaba de sus hermanitas:

"Para ellas, vencí mi desaliento,
recorbré el valor, me limpié el alma...
Ahora tienen un nido, un refugio —mi ufanía—
y las nutren mi amor y mi trabajo."

Sin esperar devolución; porque casi todos los dramas de hogar, se generan en esa espera. Lo que se dio, bien dado estuvo en su hora; que nunca debe ser la del prestamista que —desde el pique— está calculando los intereses...

Elizabeth DURAND

Especial para EL DIA

La descendencia de Malthus

Con motivo del centenario de la muerte de Darwin ha sido menester recordar a Malthus. El padre de la doctrina de la evolución natural reconoció terminantemente su gran deuda intelectual con Malthus. Sabemos, por su propio testimonio, de qué manera en el tiempo en que se esforzaba en encontrar una explicación al fenómeno de la extinción y transformación de las especies, la lectura del famoso ensayo de Malthus sobre la población le dio la clave para comprender y explicar el fenómeno. De allí surgió su concepción de la lucha por la existencia y de la sobrevivencia de los más aptos.

El destino de Malthus ha sido singular. Nadie se atreve a desconocer su importancia sobresaliente entre los fundadores de la economía clásica pero, al mismo tiempo, se ha mantenido tenazmente asociado a su nombre un tono de reticencia y reserva que no se compagina con la inmensa influencia que ejerció en el pensamiento económico y social del siglo XIX y aún de nuestros días. El adjetivo malthusiano tiene una cierta connotación peyorativa (un poco parecida al que, por otras razones, ha adquirido el adjetivo "maquiavélico").

Cuando en 1798, a los 32 años de su edad, publicó la primera versión de su famoso ensayo sobre el principio de la población, que apareció sin nombre de autor, la reacción en contra fue inmediata y apasionada. Aquella imprudente afirmación de que la humanidad estaba inexorablemente condenada a la miseria por la disparidad inconciliable entre su tendencia a reproducirse ilimitadamente y la imposibilidad de que las subsitencias pudieran hacerlo en la misma proporción, chocó de frente con ideas religiosas y científicas de su tiempo. Se le acusó de inmoral, a pesar de ser un clérigo anglicano de muy morigeradas y honorables costumbres, y de propagar un pesimismo dañino que negaba al hombre toda esperanza de mejorar su condición. Su afirmación chocaba abiertamente con la creencia más firme de los hombres de su tiempo, la fe en la capacidad prácticamente ilimitada de progreso de la especie humana. Se le vio como un ave de mal agüero, una indeseable Casandra, y se calificó su ciencia de lúgubre.

La forma simplista, muy determinada por su formación matemática, en la que expresó su idea contribuyó a que se hiciera burla de su afirmación. Había expresado dos postulados que le parecían evidentes: que el hombre no puede subsitir sin alimentos y que está dominado por una tendencia natural a reproducirse ilimitadamente. En sus términos matemáticos ingenuos esto se expresaba diciendo que la población crece en progresión geométrica, mientras las subsistencias sólo lo hacen en progresión aritmética. El resultado de estas dos progresiones condenaba la humanidad a la miseria y al hambre, a las pestes, las guerras y la desnutrición creciente, a menos que lograra imponer voluntariamente controles y limitaciones a su crecimiento.

La fórmula simplista se prestaba fácilmente a la burla. Ni las subsistencias pueden crecer indefinidamente en proporción aritmética, ni la población puede hacerlo en proporción geométrica, porque las condiciones adversas creadas por su propio crecimiento tenderían a limitarla. Lo que no se supo ver en su tiempo era que el fondo mismo de su idea era muy digno de seria consideración. Hoy sabemos mejor que los recursos naturales de la tierra son limitados y su consumo no puede crecer y prolongarse indefinidamente y, al mismo tiempo, tenemos una visión muy precisa y alarmante de la tendencia al crecimiento de la población. De los 500 millones de habitantes del planeta que podía haber en tiempos de Malthus hemos llegado con rapidez creciente a los cuatro mil millones de hoy y nos asomamos con angustia a los seis mil o siete mil que podría haber para el año 2000. La desproporción existe y es evidente aun cuando no se produzca al ritmo exacto de las progresiones que había anunciado Malthus. Su preocupación la recogen hoy con creciente alarma conferencias internacionales y estudiosos de la demografía.

No se limitó la obra de Malthus a sus amenazantes pronósticos sobre el crecimiento de la población, también fue uno de los más importantes fundadores de la moderna teoría económica. Marx, que lo trató con dureza en sus obras, siguió, sin embargo, muchos de sus hallazgos en el estudio de los mecanismos de la moneda, la demanda y los precios y no hay que olvidar que tanto como Darwin le debió a Malthus, Marx le debió, a su vez, a Darwin y por la misma razón. En el fondo la idea de la lucha de clases, que es una adaptación de la idea darwiniana de la lucha por la existencia, arranca en su comienzo, como Darwin lo confesó, de las afirmaciones de Malthus sobre la población.

El más famoso e influyente de los economistas de este siglo, el inglés J. M. Keynes, consideraba a Malthus el más importante economista de su tiempo y afirmaba que había sido una gran desgracia que la influencia de Ricardo, durante un siglo, hubiera desviado la ciencia económica de las grandes verdades que Malthus había hallado al estudiar la demanda efectiva. En cierta forma Keynes afirmaba que se había perdido un siglo en errores teóricos y de práctica económica, por haber seguido a Ricardo y no a Malthus. No es poco homenaje para un hombre tan mal recordado.

Arturo USLAR PIETRI

Caracas, 1984
(Exclusivo para EL DIA)



Margarita Fabini de Camou: su expresivo retrato de don César Batlle Pacheco





Haber conocido al personaje que se va a crear en el género retrato es fundamental en el arte.

Sobre todo para un escultor.

Y más aun, cuando no se tiene ya el modelo en vivo. Sólo los datos fotográficos y el recuerdo, son los trámites plausibles de conformar una obra. Margarita Fabini de Camou ya ha llevado a cabo con éxito el busto de don Lorenzo Batlle Pacheco.

Ha dado término a una escultura de gran in-





tensidad. La de don César Batlle Pacheco, figura con dificultad para abordar un modelado en que las características de su espíritu se inculquen sensiblemente, y graviten en la fuerza contenida que posee la obra que llevó a cabo con mérito de excepción la artista.

Conocemos desde tiempo a la autora.

A su escondida presencia.

Que sólo y muy pocas veces asoma al panorama plástico nacional.

Su retraimiento, su dedicación entera a la función vocacional que le acapara el tiempo, es la causa de que su trabajó haya llegado ya a una recepción de importante riqueza expresiva.

Porque no es sólo el parecido objetivo, que lo está, sino el descubrimiento de esa **cuenca** tan investigadora que poseía Don César. Que trasuntaba determinación, ternura, energía, o una ensoñación que por momentos se convertía en un rictus sonriente, lejano, perdido quizás en sus meditaciones, que le alejaban de la suma de ocupaciones políticas, o las que regían la dirección del diario.

Decíamos que había que conocer al personaje



para volcarlo en una obra de tan acertada concentración expresiva. Porque parecería que para Margarita Fabini de Camou, en ésta —que para nosotros constituye su mejor obra— se hubieran mancomunado todas las energías como por transmisión en la nostálgica visión que nos ofrece en su magnífico busto.

Fijar en determinado sector donde asoma directamente el carácter es lo que importa.

Y la artista **lo vio** en el nido de unos ojos hundidos por el esquema que circunda una relación en toda la cavidad que hace brillar con luz, esa mirada que el escultor no puede dar, sino con una entera y sintética, pero escrutadora forma representativa.

No cabe el color, como el pintor que tiene otros argumentos técnicos más accesibles para dar el parecido y para agudizar la mirada.

El escultor tiene que valerse de **ese vacío** modelando sus formas enteras, sin detallar aspectos determinantes en una distinta faceta humana.

Margarita Fabini de Camou consigue, sin embargo, darnos la réplica humana de un espíritu fino, fuerte, al tiempo que de severa austeridad.

El modelado es formal. Entero, con acentos rigurosos. Es una "cabeza" estudiada como pocas en su trayectoria. Ha encontrado la artista el verdadero don que poseía el estadista, el político y más que todo y que tanto nos impresionara, al visionario, con el que tantas veces, nos tocara dialogar, precisamente sobre arte.

Había que conocer al personaje para sacar en limpio tales condiciones. Había que tener el recuerdo latiente para encontrar el modelado que suponía rememorar, levantar el pedestal sin olvido de un gran hombre.

Margarita Fabini de Camou siguió con constante dedicación los caracteres que conformaron los integrantes de esta **Hermandad**, que podríamos descifrar como cumbres de honestidad, probidad, voluntad, talento político, humanidad, preocupación por los desamparados.

Por estar empapada en la íntima relación de dichas cualidades. De la expresión en las reacciones que ellas provocaran, es que la escultora tiene en sus manos **todavía** la misión de cumplir aún con las que faltan...

La de don Rafael Batlle Pacheco, un lírico poeta, pensador de hondos sentimientos estéticos, sin que escapara a la exigente y terrenal lucha política.

Y doña Anita Cherviere de Batlle Pacheco, admirable mujer, dotada de especiales virtudes, que completó una época en éste diario, plena de avatares y triunfos, de luchas constantes sin desmayar nunca.

Nadie tal vez cómo artista, conozca como Margarita la personalidad de cada una y saber como interpretarlas.

Eduardo VERNAZZA

Carné de viaje —IX—

El carisma del rey don Juan Carlos I de España



Durante la recepción en la Embajada de España, en ocasión de su visita a Uruguay

Una cosa no puedo pasar por alto —no puede pasarla nadie que visite España—: la simpatía del rey, la consustanciación del rey con sus súbditos, algo en verdad inefable que se palpa apenas se convive con éste mi pueblo español.

Algo inefable. Mas yo voy a atreverme a hablar de ese algo que no podría expresarse con palabras, hasta donde sea humanamente posible. Sea, o me sea. ¿Por qué atreverme a tanto? ¿Acaso porque todo lo español, España toda, se purifican desde tan lejos, desde Montevideo? Y cuenta José Ortega y Gasset: "En España, sufría excesivamente, y, desde lejos, su nación y su raza le aparecían purificadas en la esencialidad del recuerdo y en la monumentalidad de la distancia". Sí, bueno, así es. Sólo que yo estoy ahora aquí, en Madrid, y no hay esencialidad del recuerdo ni monumentalidad de la distancia que valgan. Ya he dicho, no sé dónde, que el destierro nos ha permitido a los desterrados ver las luces de España por primera vez; que, hasta serlo, no habíamos visto sino sus sombras. Y no las habíamos visto a fuerza de amarla, de quererla aséptica y sin mancha. Tal lo que le ocurriera a Ortega, quien, como su personaje, sufría en España, inmerso en sus sombras, o en las sombras que él imaginaba, sin atisbar siquiera sus luces; pero que, fuera de ella, la idealizaba y la exaltaba hasta el paroxismo. Reitero: yo estoy, en este momento, en Madrid, y sin embargo, todo se magnifica a mi alrededor, incluso, quizá, mi propia fuerza literaria, aunque no esté a mi alrededor, pues que está en mí. Por eso, yo me atrevo a hablar —¿temerario?— de ese hombre carismático que es el rey Juan Carlos de España. ¿Tengo una varita mágica que va a permitirme expresar lo inexpresable? ¡Hum!... Lo que tengo son 33 años de Uruguay. Treinta y tres años tocado por las manos alfareras de Uruguay. Y esa combinación de hispano-uruguayo —o de uruguayo-español— es lo que me otorga una superioridad inexcusable e indiscutible para sentir, y para traducir el sentimiento, sin pasiones y sin depresiones. Pues no soy ya español castizo ni puedo ser castizo uruguayo.

Para comenzar. ¿Ha advertido el lector cómo se usa y se abusa en nuestros días de la palabra y del vocablo —"es igual pero no es lo mismo"— **carisma**? Todo el mundo resulta, a poco que se esfuerce, carismático. Cuando queremos alabar a alguien, ya está, ya salió a relucir el carisma. Y yo me pregunto si todos los que manejan el término saben lo que manejan. El carisma es un don, y un don gratuito, de balde, vamos; un obsequio que hace el Creador a su criatura. Ser carismático, es haber tenido el privilegio de recibir ese don. Tiene el hombre carismático mucho de simpatía, pero no es sólo simpatía lo que tiene. ¿Imán? ¿Duende? ¿Poder de sugestión? ¿Catarsis? Nada de eso, y todo eso, en conjunción celestial. Proyección, en fin, de la divinidad.

¿Lo que poseen los hombres a quienes, **urbi et orbi**, a bombo y platillo, se dice carismáticos? Me temo que no. ¡A no abusar, pues, de los elogios! ¡A no convertirlos en meros ditirambos!

Digo que el rey Juan Carlos I tiene su carisma, digo que es un ser carismático. El don gratuito recibidc por don Juan Carlos I no está en su presencia física; está en el halo espiritual de que los españoles le han rodeado. Ese halo espiritual puede proceder —no escribo procede— de una de estas dos razones, o de ambas a dos: el pueblo español se ha dado cuenta de que el rey ha roto por propia iniciativa los lazos que le unían con el dictador, para, libremente, llevar a España por el camino de la democracia; y, muy luego, de que salvó esa democracia naciente cuando, con su conducta, con su ejemplo, con su honradez y con su firmeza, echó por tierra el golpe de Estado **tejerano**. Sin él, sin el rey, España estaría actualmente sumida en los horrores de otra dictadura, de una limpia que habría de haber sido de nuevo sangrienta, porque a esas alturas el pueblo y sus líderes ya se habían destapado; y la caza del hombre se habría reanudado. Y ello es muy de honrar, pues a don Juan Carlos le hubiera bastado pensar un momento en Alfonso XIII, su abuelo, para dar vía libre al crimen. Por suerte, no pensó en su abuelo; pensó en España de nuevo. En qué medida los españoles debemos esta ejemplar conducta también al pretendiente don Juan, su padre, es lo que cabría aquilatar. Pues si Franco dirigió la educación de don Juan Carlos, don Juan, su padre, recibía a menudo la visita del hijo en su residencia portuguesa. Y el padre no amaba precisamente a Franco. Franco —¿quién lo olvida?— fue doblemente traidor. Traicionó, para empezar, a la República, y, para terminar, a don Juan, si es que no ha traicionado a muchos otros en su tortuoso camino. ¡Qué bien, aquí, un recuerdo que me asalta, vívido y locuaz! Siendo yo estudiante, el diario "Ahora" publicó un reportaje a Franco ilustrado con varias fotografías. Una de ellas mostraba el dormitorio de aquél y de Carmencita Polo, la orgullosa asturiana que no le dio el anhelado "sí" hasta que le guipó con las estrellas de general. Sobre la mesilla de noche, se veía un retrato. ¿De Carmencita? No. ¡De Alfonso XIII! Fue en el torbellino de la guerra, en efecto, cuando Franco pensó que el mejor rey era él mismo. ¡Había que sacrificarse! La historia está repleta de sacrificados de este jaez.

¿Tragicomedia? En todo caso, una tragicomedia que capta muy bien, muy por lo fino, el español medio actual. Después de 40 años de "sangre, sudor y lágrimas", el pueblo de España quiere paz, paz y paz. Pero paz en libertad. No la paz de las mordazas y de los sepulcros. La paz de las mordazas y de los sepulcros la obtiene cualquiera, pistolas, fusiles o ametralladoras mediante. La paz en libertad, la paz dentro de la libertad, es prerrogativa de las almas nobles y verdaderamente grandes que saben que "la autoridad emana del pueblo y que cesa por su presencia soberana". Y, al escribir esto, aquí, en Madrid, no puedo menos de pensar en Montevideo, en Uruguay, y en Artigas. ¡Loado sea Dios!

En suma. Fuera de la atracción personal que el rey pueda despertar a su paso, el respeto probado a su pueblo le hace respetable. Porque yo me niego a aceptar que el carisma de don Juan Carlos sea nada semejante al gesto de la infanta Isabel, "La Chata", cuando paseaba por el Madrid de la década de los

veinte y una fracción del pueblo, la gregaria y sin cultura política, pensaba que le hacía un honor al codearse con ella; que la infanta se sentía "pueblo" también. ¡Ni que hablar! El gesto de "La Chata", su falsa y desubicada majeza, eran el desgarro demagógico de una dinastía echada a perder. Esto no. El rey don Juan Carlos es un hombre moderno en un mundo moderno. La gracia de Dios de que los reyes de antaño hacían alarde ha periclitado. "Al César lo que es del César..." Pero nada más.

Así pienso mientras me dirijo a la Ciudad Universitaria. Y el pensamiento se zambulle de pronto en poesía. Me encuentro en el Parque del Oeste, tan castigado, tan torturado por la guerra, que se ensañó con él. El lector no tiene...

(¿Resucitará ante mí el embrujo de aquellos tiempos?)

El lector no tiene más que hojear "Los meandros de la vida de Sila Fabra". ¡Huele allí a Parque del Oeste! ¡A jaras cervales, a amargas retamas, a ruines acebuches, a salvia y quejigo señoriles, a romero y a tomillo sobre todo! Son olores que llegan, pujantes aún, del Guadarrama, y a los que se mezclan los otros, los de sus sendas, vericuetos y plazoletas; los que exhalan pinos, abetos, robles, hayas, cipreses, olmos, y el sinfín de flores de la primavera. En esa atípica novela de mi adolescencia que delata mi veneración por Azorín, están los principales personajes que formaban nuestro gupo: Maricusqui —María Talón Moreno— que parecía una pepona, de tanto pintarse las mejillas, y que siempre llevaba los libros apoyados en la cadera, como llevan a los hijos las gitanas; Cisterciense Martín, chico inocuo pero simpático; Casimiro Ramiro Alburquerque, a quien no llegué a tiempo de salvar en la guerra y le fusilaron los nuestros; Paz y Flor Fernández Fagúndez, y mi íntimo, Enrique González Gómez. Este, sin ser el protagonista formal, es el auténtico protagonista. Lo invade todo, lo dirige todo, planea por sobre todo. Tenía efectivamente el alma más fiel y el talento más agudo que yo he conocido. Sila Fabra es él. Los demás, matizados por el arte, transfigurados por la fantasía, los reconocerá el que leyere con escaso esfuerzo. La obra transpira toda la gloria arcangélica de aquellos años míos. El Félix maravilloso y estremecido de Gabriel Miró, en "Las cerezas del cementerio", pienso que palidece al lado de lo que fui yo por entonces.

El Parque del Oeste nos atraía, nos subyugaba a todos. Los grandes de otros grupos, grupos excéntricos, minoritarios —García Lorca, que tornaba de sus conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras, Luis Rosales, Julián Marías— lo saben bien. Retablo de amor, en él quedó lo más hondo, lo más puro de mi vida y de mi conciencia.

Bien, tornemos a la prosa. La Ciudad Universitaria de hoy...

¡Ah, no, no, no! Quede la Ciudad Universitaria para la próxima nota. El tema de ésta era otro. Era el carisma del rey Juan Carlos I, carisma que pregonan hasta las piedras. Lo digo yo, un republicano cuya lealtad ha sido pagada con sangre, cuyo fervor cívico tiene solera. Pues a mis 13 o 14 años, en efecto, el principio monárquico me parecía ya absurdo e insufrible. Que alguien fuera rey por haberlo sido su padre... Y las efigies de Carlos IV y de Fernando VII —¡oh Goya, Goya, a tus pies!— me hacían chiribitas en los ojos. La degeneración que revelaban tanto el progenitor como el vástago podían más que yo. Hogaño, mi posición era más flexible, y no por el principio en sí, que sigue pareciéndome abstruso y sin sentido, sino porque el Globo está lleno de presidentes gárrulos y tiránicos, y hay reyes, sobre todo los del norte de Europa, que están dando un ejemplo muy digno. De ahí que, a la postre un tanto pragmático, no tuviera empacho en escribir en este "Carné de Viaje" que los republicanos españoles podíamos gritar "¡Viva la República!", salvando el principio del régimen añorado, y "¡Viva el Rey!", refiriéndonos a este que nos dio, ¿Dios?, ¡uf! quién sabe si el propio Franco... aunque de rebote. Pues las cosas no debieron de quedar tan bien atadas como él creía.

Versos del apocalíptico Marcos Ana, escritos en la prisión de Burgos, bullen en mi mente:



"No sabéis lo que es un hombre,
sangrando y roto, en un cepo."

Yo lo sé, aunque este cepo mío no haya sido la cárcel ni los grillos. Que el extrañamiento, y el desarraigo, y el arañazo o la mordedura de los xenófobos, cepos son, y bien terribles. Sí, mi hablar del carismático rey de España tiene un sentido más que profundo. El carisma real ha unido a los españoles, no hay duda. Al visitar, años ha, la capital de México y saludar en persona a la viuda de don Manuel Azaña, nuestro último presidente, Juan Carlos I realizaba un acto de amor y de cordura imprescriptible, que sólo su sabiduría pudo inspirarle.

¿Carisma? Carisma, y pleno. La señora de Azaña tendía en aquella ocasión su mano, y el monarca se inclinaba con sencillez. Estaba obedeciendo a David, el fundador de Jerusalén (Salmo II, 10): "Et nunc reges intelligite: erudimini qui judicatis Terram". "Y ahora, ¡oh, reyes!, obrad con prudencia; dejáos persuadir, rectores de la Tierra".

F. CONTRERAS PAZO

Madrid, marzo-agosto de 1983







El ballet popular checo





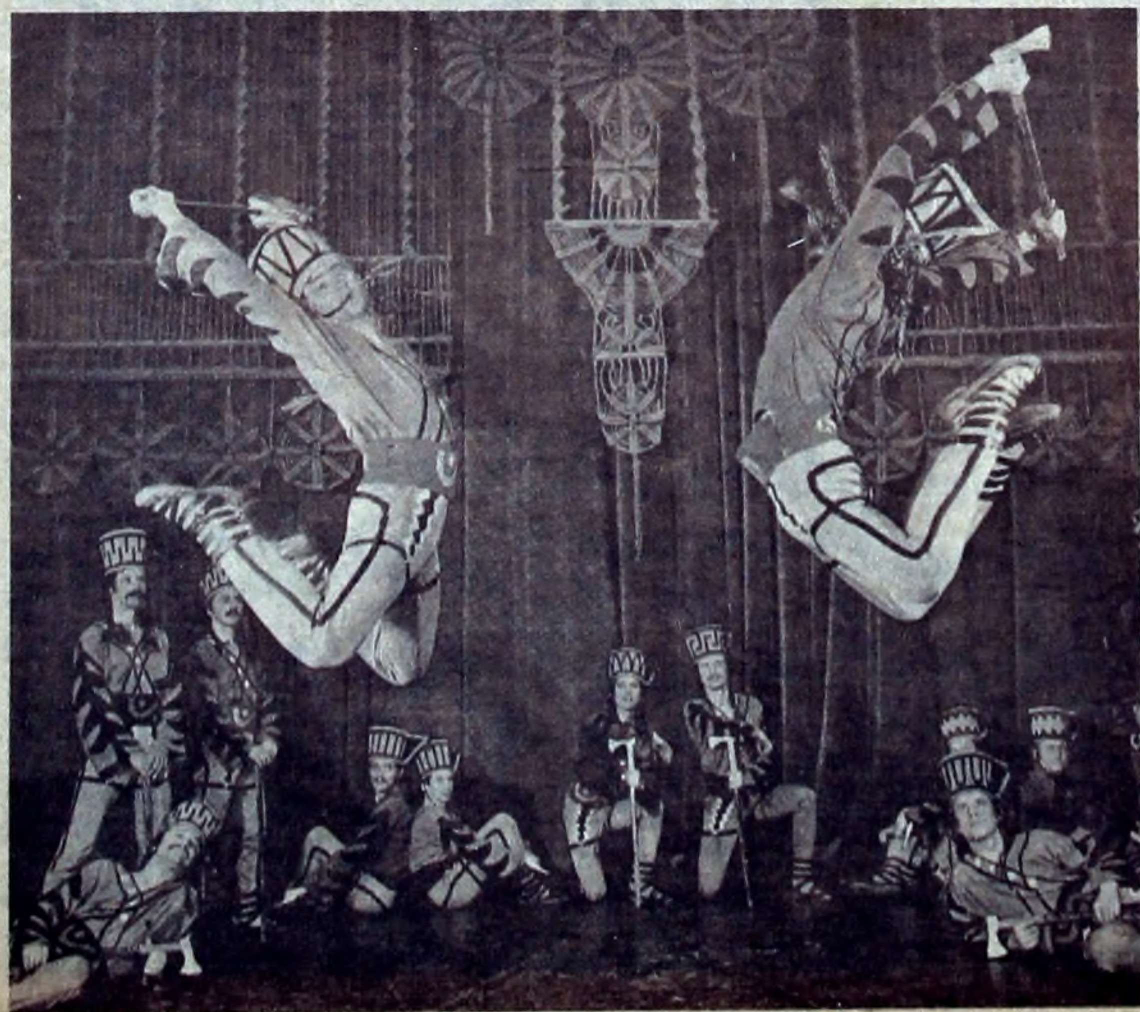


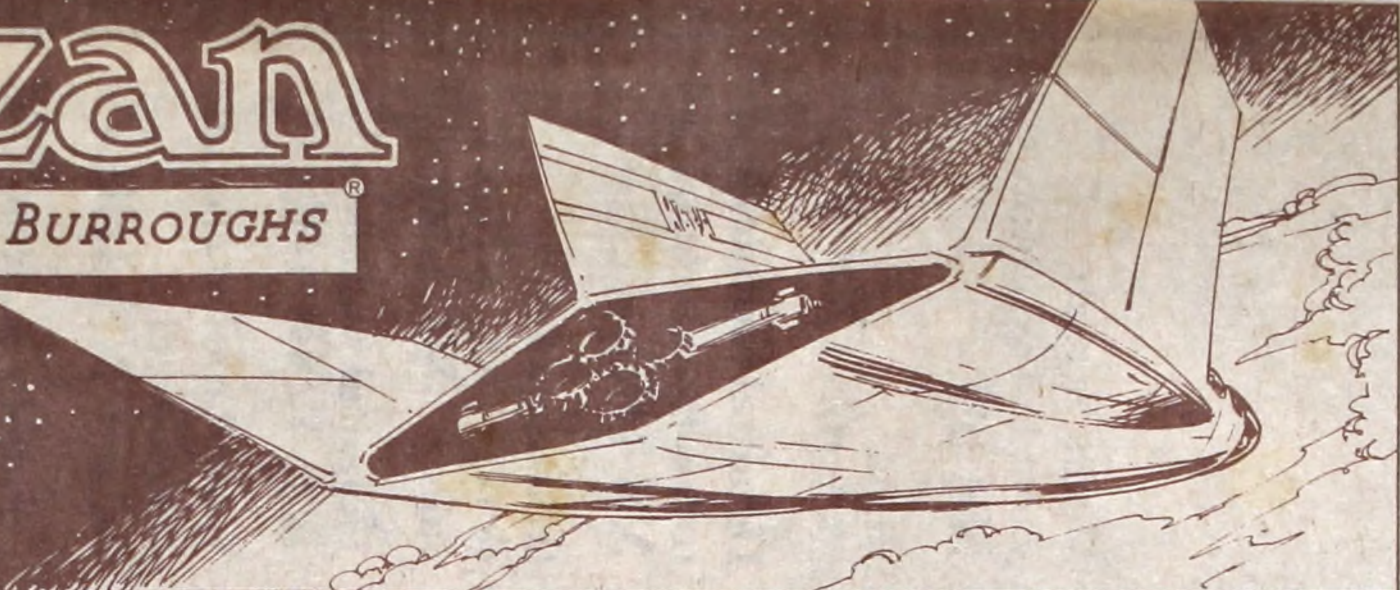
El cuerpo de baile, música y canto checo, es un conjunto que tiene por meta recoger, mantener y elaborar artísticamente el arte del pueblo. Con sus canciones y bailes, los artistas interpretan y narran la belleza y virtudes de su tierra natal. Un grupo de treinta y seis músicos, cuarenta cantantes y cincuenta bailarines, tienen su sede a 15 kilómetros de Bratislava, en el hermoso castillo de Rusovce. Llevan por todo el territorio el espíritu tradicional del país, a través de representaciones en las que actúan alrededor de ciento treinta artistas. Una brillante escenografía sirve de fondo a espectáculos suntuosos en cuya parte musical se utilizan instrumentos folklóricos típicos, como "fuyaras" (antiguo instrumento de viento de madera), pitos, gaitas y otros.

Han realizado más de seis mil quinientas representaciones, ante más de siete millones de espectadores. De esas representaciones, más de mil seiscientas fueron llevadas al extranjero, en treinta y cinco países de Europa, Asia, Africa y América. Treinta años de existencia avalan la solidez de la formación artística de este conjunto, que dentro y fuera de Checoslovaquia ha sido unánimemente aplaudido y elogiado.

D.I.R.







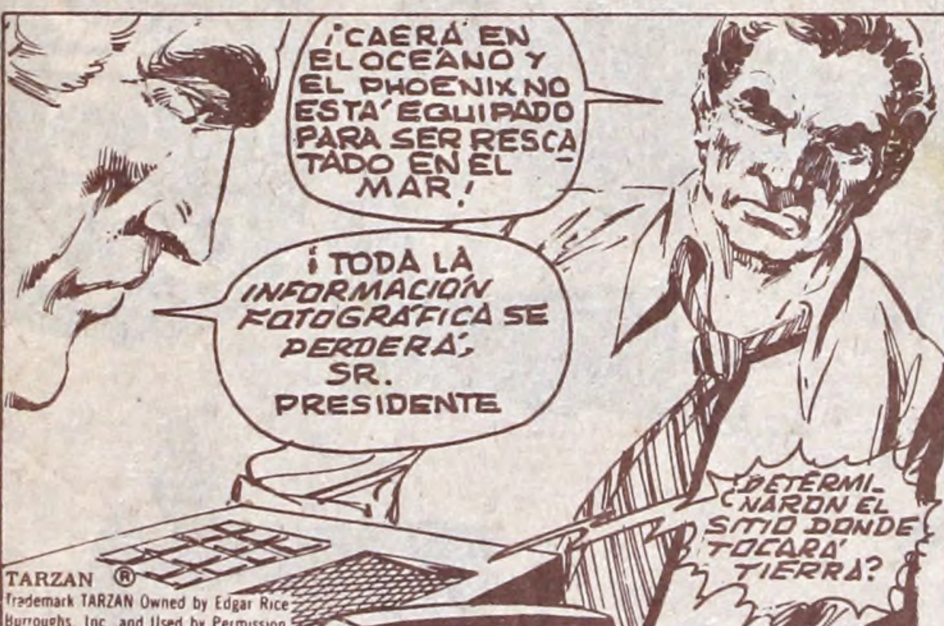
TARZAN®
POR EDGAR RICE BURROUGHS
DESDE LA NEGRURA DEL ESPACIO, EL PHOENIX EMPIEZA SU LARGO DESCENSO EN ESPIRAL...



...SU COMPUTADOR AJUSTA EL DESLIZAMIENTO TAN PRECISO COMO SI LO HICIERA LA MANO DEL PILOTO MUERTO...



EL DESTINO DEL PHOENIX CAUSA HONDA PREOCUPACIÓN EN LA ALTA ESFERA DEL GOBIERNO...
NO TENÍA SUFICIENTE VELOCIDAD PARA MÁS DE UNA VUELTA ORBITAL...
Y EL PILOTO MURIÓ ANTES DE ENCENDER LOS RETROCOHETES.
¿POR QUÉ NO LO HIZO POR CONTROL REMOTO?
¡CUANDO NOS DIMOS CUENTA DEL PROBLEMA YA ERA MUY TARDE!



¡CAERÁ EN EL OCÉANO Y EL PHOENIX NO ESTÁ EQUIPADO PARA SER RESCATADO EN EL MAR!
¡TODA LA INFORMACIÓN FOTOGRÁFICA SE PERDERÁ, SR. PRESIDENTE
¿DETERMINARON EL SITIO DONDE TOCARÁ TIERRA?
TARZAN ®
Trademark TARZAN Owned by Edgar Rice Burroughs, Inc. and Used by Permission



SÍ, SEÑOR... TAN CERCA COMO ES POSIBLE BASADO EN EL ÚLTIMO CONTACTO POR RADIO.
¡DEBIDO A LA NATURALEZA CLANDESTINA DE LA MISIÓN, EL PHOENIX FUE EQUIPADO CON LO ÚLTIMO EN TECNOLOGÍA DE CAUTELA!
¡ES INVISIBLE A LOS RADARES!



¡LO QUE QUIERE DECIR QUE NOS SERÁ DIFÍCIL LOCALIZARLO!
¿A TODOS?
SÍ... INTERCEPTAMOS UNA TRANSMISIÓN DE UNA EMBAJADA EXTRANJERA.
¡ELLOS SABEN!



BIEN... YO CREO QUE TENEMOS UN PROBLEMA. ¡NECESITAMOS LAS FOTOS DE RECONOCIMIENTO Y NO PODEMOS PERMITIR QUE CAIGAN EN MANOS ENEMIGAS.
9/19 MIKE GRELL 2688
¡TENEMOS QUE RESCATAR EL PHOENIX A TODA COSTA!
¡MIRA N'KIMA! ¡UNA ESTRELLA CAE A LA TIERRA!
¡ALGUNOS CREEN EN PRESAGIOS!
¿SERÁ BUENO...
O MALO?
COPYRIGHT © 1982 EDGAR RICE BURROUGHS, INC. All Rights Reserved